

La experiencia de la primaria Luis Piedrabuena, en City Bell

Frente a los límites de la escuela, las posibilidades de la escuela

Alejandro Vassiliades *

La Escuela Primaria N° 117 Luis Piedrabuena está ubicada en la localidad de City Bell, en las afueras de la Ciudad de La Plata, aproximadamente a dos kilómetros de la zona céntrica y comercial de esta localidad y próxima a espacios donde las casas residenciales se mezclan con viviendas precarias. Cerca de ella hay asentamientos de los que provienen la mayoría de los alumnos que concurren diariamente a sus aulas.

Es una institución de medio siglo de existencia, con un amplio patio y aulas cuyo espacio hoy en día alcanza holgadamente para albergar al número de estudiantes que fue quedando luego de años de situaciones de repitencia, sobreedad y abandono escolar que atravesaron a la gran mayoría de las escuelas públicas bonaerenses.

La matrícula escolar de la Escuela N° 117 comenzó a experimentar una franca decadencia luego de la crisis de 2001. Sumado a esta situación, niños y niñas de clase media baja que asistían a la escuela comenzaron a migrar a otras instituciones. La población se fue tornando cada vez menos heterogénea y más parecida entre sí, a la vez que también aumentaron exponencialmente las situaciones cotidianas que expresaban una ausencia de normas y acuerdos compartidos, y del trabajo escolar propiamente dicho. Frente a ese panorama, el grupo de docentes de la escuela, encabezado por su directora, María Eugenia Muñoz, diseñó y puso en marcha un proyecto institucional (titulado “La escuela como transformadora y productora de cambios culturales”) que redefinió algunos parámetros de la organización escolar —como los tiempos y espacios—, como así también del trabajo docente, la propuesta didáctica y las prácticas de evaluación. En esta entrevista, María Eugenia nos cuenta acerca de la construcción de ese proyecto institucional.

—¿Con qué situación te encontraste cuando llegaste a la escuela?

—Cuando yo llegué, en 2008, me encontré con una escuela en la que casi no se daba clase y donde el nivel educativo era muy bajo. Recuerdo que el primer día que entré acá alguien me dijo: “No te hagas ilusiones, porque ésta es una escuela pobre para chicos pobres”. Esas

palabras me sonaron a un juicio y una condena. Yo veía las cosas de un modo totalmente diferente. Para mí no hay ninguna razón que justifique que un chico llegue a cuarto grado y todavía no sepa leer. Y una docente, que ya no está más, me decía “pero no podés ignorar que acá a los chicos los amamos”. ¡Pero ese no es un argumento profesional! Si hay un maestro que no quiera a los chicos, está en el lugar equivocado. El amor es condición necesaria pero no suficiente, yo como docente estoy obligada otra cosa. Yo puedo querer mucho a los chicos, pero al no enseñarles nada, o casi nada, estoy —estamos— haciéndoles un mal que después quizás no se pueda remontar más. Además, teníamos pocos alumnos, la matrícula fue decayendo mucho desde la crisis de 2001. La escuela, a partir de allí, se había ido transformando en un lugar de contención, donde los valores pedagógicos estaban, sino ausentes, totalmente desvirtuados: parecía que aquí estábamos sólo para cubrir baches. Una hora de clase era una locura. Estaba la campana colgada en la galería, cualquier chico que salía a cualquier hora tocaba la campana y salían todos, digamos que en ese contexto, pensar en atención y trabajo áulico era muy difícil. Entraban a las ocho. Nueve menos diez supuestamente era el primer recreo. En ese período habían salido más o menos cuatro veces porque alguien que se escapaba de clase había pasado y tocado la campana, ¿qué clase dábamos? Era imposible. Agreguemos que la relación con los padres era bastante





Foto: L.T.

conflictiva. No había buen diálogo y la presencia de ellos era casi nula.

—¿Cómo se plantearon, a partir de esa situación, el proyecto institucional que desarrollan actualmente?

—Nosotros nos dimos cuenta de que no nos podemos plantear una clase como se puede plantear en una escuela donde la población es más heterogénea. Acá los chicos comparten una realidad. Para nosotros era muy importante mejorar la oferta educativa, pero no sólo para aumentar la matrícula sino para que otros tengan la posibilidad de elegir esta escuela y de venir. Lo que necesita esta escuela es lo diferente. Con el plantel de titulares de la escuela, que estaban decididas a hacer algo para revertir la situación que teníamos, pensamos en la necesidad de desarrollar una didáctica diferente. Nosotros a fin de ese año nos dijimos: “Con estos chicos no llegamos a ningún lado si no los atrapamos con una propuesta movilizadora, proactiva, un incentivo para los chicos, que posea una pata fundamental, la producción cultural. Una maqueta, una lámina, una obra de teatro, una representación, una canción, algo en que ellos puedan visualizar y mostrar qué es lo que están aprendiendo”.

—¿En qué consiste el proyecto institucional?

—Uno de los aspectos fundamentales del proyecto es que trabajamos con áreas desde primer grado. Hay una maestra para el primer ciclo de matemática, otra de prácticas del lenguaje, otra de ciencias, y otras tres para el segundo ciclo. A diferencia de lo que sucede en la mayoría de las escuelas, aquí son los chicos los que circulan por las aulas, a las que ahora llamamos “aula-taller de matemática”, “aula-taller de prácticas del lenguaje” y “aula-taller de ciencias”, y que están ambientadas a tales efectos. Los grupos no están entonces a cargo de una maestra “de grado”, sino que las docentes son responsables de un área a lo largo de un ciclo. Lo que nos motivó a hacerlo así fue el nivel de agotamiento de las maestras después de cuatro horas con el mismo grupo, en la situación que antes comentábamos. A nuestros alumnos les cuesta ubicarse en la escuela con ciertas reglas y además vienen con bronca, cosa absolutamente entendible si uno considera la vida que tienen muchos de ellos fuera de la escuela. Con este escenario, a nosotros nos parecía muy importante construir una propuesta que les permitiera a los alumnos ponerse a pensar en producir algo, darle sentido a lo que aprenden, y

Uno tiene que buscar la estrategia y la manera para que el chico aprenda a partir de sus saberes previos puestos en valor, haga y se sienta que es capaz. Porque si no, fracaso yo como docente, y fracasa la escuela.

sentirse orgullosos de aquello que hacen en la escuela. Por eso comenzamos a trabajar por proyectos en los talleres de las áreas, con la intención de articular interdisciplinariamente las diferentes asignaturas del nivel. En ese sentido, por ejemplo, en el aula-taller de ciencias se desarrolla un proyecto de óptica que incorpora contenidos de matemática, lengua, ciencias naturales, inglés, dibujo, etcétera, en torno de un producto final a ser alcanzado: la feria de ciencias. La prueba de que es gratificante esta forma de trabajo fue la muestra de fin de año, a la cual asistieron los padres, vecinos y los nenes del jardín con sus papás. Por dichos de las maestras con años en la escuela, hacía mucho tiempo que no venía tanta cantidad de gente a participar de una actividad escolar. Lo mismo ocurrió con el proyecto Hacia el Bicentenario que culminó con otra muestra el 25 de Mayo. Además, modificamos la grilla horaria de la escuela, dejando un solo recreo de media hora a media mañana y a media tarde. Este cambio apuntó a que los alumnos trabajen más sostenidamente en el tiempo. Ahora lo hacen a lo largo de poco más de una hora y media, antes del descanso, y luego otra hora y media más. En el medio, tienen una buena cantidad de tiempo para jugar y descansar. Estas decisiones mejoraron los aprendizajes de los alumnos e instalaron una lógica de trabajo escolar que antes no existía. Y quitamos la campana que tantas situaciones de conflicto había originado.

—¿Hay algún cambio más que sea parte de este proyecto que están desarrollando?

—Sí, desterramos las pruebas de evaluación, los exámenes. Acá no se toma más examen. Acá se evalúa todos los días. Y las maestras llevan un registro evaluativo donde hacen apreciaciones escritas, y donde guardan trabajos de los chicos que ellas consideran evaluación. Al sacar la presión del examen escrito, el chico hace la tarea como todos los días, pero saben que cada tarea realizada implica una valoración. Esto a los chicos los estimula, los pone contentos, les da pilas para trabajar sobre los proyectos que hacemos. Solo a modo de ejemplo, de 2008 a 2009 repitieron 23 chicos en la escuela. De 2009 (año en que se comenzó a implementar el proyecto) a 2010 solo uno. Debemos ser la única es-

cuela del distrito que tiene una sola situación de repitencia. Y no es que los hayamos aprobado así nomás. Es que se evaluó diferente. El fracaso no era de los pibes, era nuestro. Si vos pretendés una formación académica o tradicional —por ejemplo, darles un manual y que estudien solitos desde allí— estos chicos fracasan todos. Uno tiene que buscar la estrategia y la manera para que el chico aprenda a partir de sus saberes previos puestos en valor, haga y se sienta que es capaz. Porque si no, fracaso yo como docente, y fracasa la escuela.

—¿Qué resultados tuvo, desde tu punto de vista, la implementación del proyecto y cuáles son los desafíos sobre los que seguirán trabajando?

—Como resultados podemos destacar que mejoró el clima y el rendimiento escolar, la actitud docente, la participación de los padres, la vinculación con la comunidad, disminuyó el ausentismo docente y el de los alumnos. Se logró la formación de equipos de trabajo y se instaló el trabajo interdisciplinario. El criterio de evaluación es integral y corresponsable. Apareció también el concepto de autoevaluación docente con una impronta muy fuerte en el diagnóstico institucional realizado en septiembre. Se ha establecido una comunicación positiva con los alumnos, los que ven en la escuela un ámbito donde se los escucha y se procede teniendo en cuenta lo que tienen para decir. También somos conscientes de que faltan muchas cosas, como el incrementar la matrícula, pero interpretamos esto como un proceso que comienza con lograr una oferta educativa de calidad que produzca el interés indispensable para atraer a la comunidad. En este sentido, el proyecto de articulación con el jardín que está al lado de la escuela, ha sido importante este año y esperamos superar el año próximo la inscripción a 1° año en 2011. Por otro lado, sabemos que debemos reforzar las prácticas docentes permanentemente sin perder de vista nuestro objetivo: que seamos capaces de construir la mejor escuela todos juntos y todos los días.

* Magíster en Educación, Universidad Nacional de La Plata / UBA